

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE LA PURISIMA
CONCEPCION DE VALLADOLID

UN NIÑO VUELVE A LA ACADEMIA

DISCURSO DEL ACADEMICO ELECTO

ILMO. SR. D. FELIX ANTONIO GONZALEZ

con motivo de su Recepción Pública en el Salón de Actos
de la Real Corporación, el día 21 de enero de 1994

Y

CONTESTACION EN NOMBRE DE LA CORPORACION
POR EL ACADEMICO DE NUMERO

ILMO. SR. D. ANTONIO CORRAL CASTANEDO

VALLADOLID
1994

UN NIÑO VUELVE A LA ACADEMIA

DISCURSO DEL ACADEMICO ELECTO ILMO. SR. D. FELIX ANTONIO GONZALEZ

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE LA PURISIMA
CONCEPCION DE VALLADOLID

UN NIÑO VUELVE A LA ACADEMIA

DISCURSO DEL ACADEMICO ELECTO

ILMO. SR. D. FELIX ANTONIO GONZALEZ

con motivo de su Recepción Pública en el Salón de Actos
de la Real Corporación, el día 21 de enero de 1994

Y

CONTESTACION EN NOMBRE DE LA CORPORACION
POR EL ACADEMICO DE NUMERO

ILMO. SR. D. ANTONIO CORRAL CASTANEDO

VALLADOLID
1994

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. A.
Paraiso, 8 - Valladolid

Depósito Legal: VA. 15.—1994

Discurso

UN NIÑO VUELVE A LA ACADEMIA

La Real Cédula que aprueba la erección de la Academia empieza así: «Don Carlos, por la Gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas de Canarias, de las Indias Occidentales y Orientales, de Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, Conde Abspurg, de Flandes, de Tirol y de Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina, etc... Todo eso, tanto, para que un día llegase a ella, a la Academia, a esta academia, a la Real de Bellas Artes de la Purísima Concepción, haciéndose preguntas sin respuesta, un pintor y poeta sin títulos, mi señor Don Carlos, un permanente desenveredado que, no obstante, parece estar andando su camino. Este pintor, este poeta, este ser humano enamorado de la belleza, sea idea, color o sonido... Esta débil rama de un recio tronco, aquel chaval... Porque hoy, después de cincuenta y nueve años, un niño vuelve a la Academia.

El doce de mayo de 1934, cuando ya algo en España amenazaba con desacademizarse, un gran músico y un gran pintor tomaron posesión como Académicos, aquí, en la Real de Bellas Artes de la Purísima Concepción. Y, entre ellos, con ellos, en un doble sentimiento de orgullo, llegó un chaval de doce años que ya se había atrevido a pintar un Cristo y a escribir unos versos doloridos sobre el dolor de Castilla... Un chaval al que, con el tiempo, se le intercambiarían los temas, las pasiones, con lo que el pintor daría en volcarse en la tierra, en su tierra, y el poeta, en buscar, por todas las luces de las oscuridades del mundo, a Dios, en el cristo hombre-mujer de cada esquina...

Llegó aquel chaval. Y hoy vuelve, con menos pelo, con mayor tonelaje pero con el alma intacta: deslumbrado, desconcertado en la averiguación de todo a cambio de dar con casi nada. Pero —eso, sí— sin dejar de ser aquel mismo chaval que aleteó en las melodías de su padre y que encontró en el mundo de Aurelio García Lesmes y de sus tíos Raimundo y Fidel de Castro-Cires lo más determinante de su razón de ser. Aquel niño, sobrino cierto de Raimundo y de Fidel y adoptado de Cristóbal Hall, de Mariano de Cossío, de Jorge Guillén...

Este niño que hoy quiere, si se le permite, alzar, con sus palabras —y muy especial y ahincadamente con su emoción—, el querido mundo de su medio infancia-medio adolescencia, más allá del socavón de la guerra. El mundo de aquella Valladolid en la que uno podía dar la mano a Thibaut o a Juan Belmonte... O a Federico García Lorca, en el 13 de la calle de Esgueva o, al salir del Ateneo, camino de la casa de la Agapita, frente a Lope de Vega, pensión de tantos y tantos huéspedes tan largos de méritos como cortos de dineros... De aquella Valladolid que se quedaba callada para escuchar a Corvino y a Gandía y a Roig y a Yepes y a Bernal y a Gassent y a Repullés en plena calle, en la terraza del Royalty de los Hermanos Santos... De aquella Valladolid del Norte de Don Francisco de Cossío y de Don Francisco Antón... Y de Federico Santander, que hizo lo más valeroso de que uno haya tenido noticia, y eso que, lamentablemente, uno tuvo que vivir muy cerca del valor... Cuando llegó la República, con el querido mundo de la gente alborotado y gritando en la calle, Don Federico se vistió de chaqué —como hoy yo, ya ven—, se tocó de chistera y, a pie, se fue, acera de Recoletos adelante, entre la multitud... Imagínenselo: todos dando vivas a la República y él —chistera y chaqué—, con un ramo de flores en la mano, para la Reina, que iba a pasar en tren... De aquella Valladolid, cuya decoración alcé íntimamente en mi Calle de Esgueva, vía cheposa, con un torero sin fortuna, la bruja de los doce gatos, el demonio oscuro de la rubia guapa y un músico que se murió de viejo a los cincuenta y cinco años, de tan poco dormir y de tan mucho soñar...

Aquella Valladolid levantaba, como el dedo del aquí estoy yo de los bajitos, su torre de la Antigua en el centro de los cuatro puntos cardinales de una vida pobre y generosa a la vez. Una vida de tejas abajo, de la que, para mí, la Universidad, la Academia, el Ateneo y el Teatro Calderón eran los otros cuatro puntos cardinales: los de mi cielo pagano. Aquel cielo al que subían mis santos. En el tal cual un cielo, más arriba del paraíso, del Teatro Calderón, Mariano de Cossío, —en cuyo homenaje Emilio Zapatero, el de hoy, hijo de aquel también íntimo de la cultura, acaba de facilitar la publicación de una justísima biografía— pintó un retrato de mi padre que

era, es —ya que preside nuestra casa— un prodigio de arte y de anticipación. Tendría el modelo treinta y siete años y allí aparecía un viejo... Mi madre protestó enamoradamente, pero hubo de reconocer que, según fue pasando el tiempo, el hombre se parecía más y más a la pintura, hasta encajar plenamente en la adivinación del pintor... La Universidad, la Academia, el Ateneo, el Teatro Calderón y aquella especie de rebotica que era el despacho de Don Francisco de Cossío en El Norte de Castilla. Aquella especie de rebotica, con una tertulia que ya la quisieran los organizadores de las falsas tertulias de hoy. Allí iba yo, allí me llevaban... Y allí me estaba callado, bien abierto el libro de aprender... Un día, la mesa aquella de Don Francisco sería mi mesa, y los colores con los que jugaba y soñaba se harían cuadros, y los versos de mi cántico de niño serían escuchados y leídos... Así que ya me dirá usted, mi señor Don Carlos, Rey de Castilla y de todo lo demás, si no tengo razones para darle las gracias a quien es el verdadero dispensador de mercedes.

Los colores, los versos y, ahora, otro Félix Antonio González en la Academia. No sé si esto querrá decir que el círculo se cierra y que ya no hay panorama que abarcar... No lo sé. O sí sé que no. Pero una etapa queda cumplida para aquel niño, para este niño que hoy, a sus cuarenta y cinco años de orfandad, continúa diciendo «el despacho de mi padre», cuando piensa, cuando vive en su despacho. Y que, por supuesto, hoy, aquí, no se siente sino una copia, una mala copia del Félix Antonio académico. Una mala copia simplemente, pero —eso, sí—, alta de orgullo y llena de decisión de hacerlo todo lo mejor que le sea posible para merecer algo de lo mucho que se le dio y que se le da.

Voy a recibir la medalla de la Academia, la número cuatro, esta medalla, que fue de Don Pablo Cilleruelo, de Don Eugenio Ramos —maestro: ¿será posible?— y de Don Jesús Arnuncio... Y hay una emoción pegada a la honda emoción inicial... Porque dos grandes vallisoletanos de aquella Valladolid fecunda e inolvidable, Eloy y Osmundo Hernández, fueron sus creadores. Los hermanos Hernández, primeros orfebres del mundo, pioneros de la saga que continúa en Eloy y en Julián y grandes amigos de mi padre, de García Lesmes, de todos cuantos habitaban aquel querido mundo y lo enriquecían. El profesor Brasas le ha hecho un gran favor al mundo artístico vallisoletano con un libro que hace justicia a Eloy y a Osmundo y que será algo así como el gran homenaje que se les debe. Cuando voy a Vigo, me encuentro a mí mismo en las paredes de la casa de su gente, en su mundo emocional. A mí mismo, al niño aquel, ante cuadros de Anselmo Miguel Nieto, de García Lesmes, de Eugenio Ramos... También hay allí, ahora, un cuadro mío, hecho un barullo el pobre en tal alta vecindad...

La medalla de la Academia... No soy hombre de medallas, pero qué orgullosamente la recibo. Por Eloy y Osmundo, que me abrazarán con ella. Y por el calor que, con ella, recibiré de quienes la llevaron porosamente sobre su pecho... Don Pablo Cilleruelo Zamora, Don Eugenio Ramos Sanz y Don Jesús Arnuncio Villalba. Don Jesús Arnuncio fue un elocuente y reconfortante ejemplo de cómo desde las Ciencias se llega a las Artes, acaso por la pendular condición emotiva del ser humano. Por esa emotiva condición que a mí, en este momento, me hace más sentir que expresar. Nos parábamos en la calle, fuera la hora que fuera, hiciese el tiempo que hiciese, anduviéramos camino del periódico o de la farmacia... Siempre, siempre, siempre a hablar de Pintura. Desde la devoción, desde la pasión. Porque estábamos íntimamente necesitados de pintar. De pintar siempre y por derecho, que es como se pinta cuando a uno le lleva de la mano la urgencia del alma. Que, cuando se es pintor, no bastan las dos o tres horas hurtadas al mortero o a la máquina de escribir: es necesario el día entero, la vida toda... Yo me las arreglé, jugándomela, para que así fuera. Y, por eso, porque sé qué angustia en esa angustia, rindo hoy, en Jesús Arnuncio, en mi querido y admirado Jesús Arnuncio, homenaje a cuantos artistas de cuerpo entero tuvieron que serlo a tiempo partido. Con todo afecto, con todo respeto y con toda comprensión.

Cómo no voy a comprenderlos si yo, un día, no pude más y lo puse todo al cara o cruz de la moneda. Gracias a Dios —ya sabe usted, mi señor Don Carlos, al sumo dispensador de mercedes, y no fue floja la que me otorgó—, gracias a Dios, salió cara. La cara de la felicidad de la familia, en la salud y —allá arriba estaba, revoloteada, la moneda— del trabajo... Si es que tengo derecho a llamar trabajo a lo que, al mismo tiempo, es placer... En una ocasión le dijo a Einstein su mujer: Alberto, que me tienes abandonada, que no sales del laboratorio, Alberto... Y Einstein, que estaba en su mundo, se dio cuenta de que aquella mujer —que también era su mundo— tenía razón... Y le dijo que le dedicaba la tarde, toda la tarde para ella, para los dos solos, mientras iba quitándose la bata blanca... ¿A dónde quieres que vayamos?... Y ella, maravillada: adonde quieras... Bueno, pues oír Einstein lo de adonde quieras, volver a ponerse la bata y meterse de nuevo en el laboratorio fué todo uno... Viene esto a cuento de la suerte que tenemos quienes pagamos nuestra moneda de trabajo precisamente al cambio del mayor gozo. De quienes somos, indudablemente, unos privilegiados. Por lo que a mí respecta, sólo me redime ante mí mismo del hecho de ser un privilegiado lo que antes decía: que hubo un tiempo en el que me la jugué.

En aquel tiempo, Dios —el que usted sabe, mi señor Don Carlos— volvió a echarme una mano, poniendo otra, fundamental, en mi camino. Cua-

tro han sido las decisivas: la de mi padre, la de Don Narciso Alonso Cortés, la de Don Cayetano de Mergelina y la de Don Eugenio Ramos. Don Cayetano y Don Eugenio fueron mis luces en la Pintura, Don Narciso en la Poesía. Mi padre, en todo. En aquel tiempo, llamé a la puerta de Don Eugenio para pedirle ayuda. La necesitaba porque yo era ya un pintor, pero un pintor cómodo, algo así como un pintor de cuota, y quería ser un riguroso pintor... Si ya pintas, me dijo Don Eugenio. Sí, pero quiero partir desde el inicio, volver a empezar paso a paso, rigurosamente. Y allí, en su estudio, durante ocho largos años, dibujé unas cuantas, tres o cuatro figuras de yeso, porque no teníamos más, hasta que eran como fotografías. Da color, vuelve a dar color, me decía Don Eugenio... No tengo prisa. Si yo, que me gano la vida con otra cosa, no voy por derecho a la pintura, ¿quién va a hacerlo...? Querido Don Eugenio, que me aguantó, que me formó, que echó sobre los pies de mi alma sus cimientos: sé que está usted en el coro de una catedral toda traspasada por vidrieras suyas, de aquellas a las que yo vi nacer. Algún día volveremos a hablar de colores, maestro... De colores y de felicidad.

Porque ahora soy feliz... Con perdón. Sí, con perdón, ya que da no sé qué decirlo en este ámbito de las infelicidades. Pero tampoco voy a decir una cosa por otra. Además, no sabría. Y no sabría porque odio la mentira, en el supuesto de que sea capaz de odiar. Y verán por qué... No se me oculta, sé, que llego a la Academia como pintor y, acaso, de refilón, como poeta, ya que lo uno va unido a lo otro, como la música: lo que importa es sentir. Menos, la forma de expresarlo. Como pintor, decía, por lo que mejor sería que me callara cuanto pueda afectar a mi vieja condición de periodista. Pero es que lo de no saber decir una cosa por otra, lo de ir siempre, siempre, siempre, con la verdad por delante —aparte de estar en mi entraña— tiene mucho que ver con el respeto al lector, al oyente, querida radio... Con el respeto, en definitiva, a la verdad. Un respeto que, por otra parte, conforma mi vida y la preside, en la pintura, en la poesía, en la vida misma. Un respeto a la verdad escueta que me empuja a decirla, sin más, caiga quien caiga, para, a cambio, poder seguir estando de acuerdo conmigo mismo. La verdad, pues, en todo, sin trampa, allá que te va. Que la emoción sea verdadera y verdadero el cauce por el que se le haga llegar a los demás, para cumplir esa primaria obligación del artista. Si no, mejor será volver del revés el lienzo o el folio. Pero si la emoción es sincera y uno se le rinde sinceramente, entonces ya no hay sino que dejarse llevar, dado que hay algo vivo, algo que está alentando dentro de uno, algo que tiene mucha más importancia que uno. Me preguntaron en una ocasión a dónde iba con mi pintura y contesté que adonde ella me llevara, porque ella es quien me lle-

va. Ella es mi lazarillo, y yo, un ciegucecito que se deja guiar. Ya ven: un pintor ciego. Y ¿qué es uno sino una oscuridad hasta que siente que la luz le obliga a echar a andar por un lienzo, por un papel?... Un ciego o un deslumbrado, al que no le queda más remedio que hacer lo que hace... Todos los días le doy gracias a Dios —ya sabe, mi señor Don Carlos...— por haberme dado la Pintura, y, más, o menos, así se lo dije en una página de mi libro *De par en par*:

Gracias por darme la Pintura.
Gracias por,
cuando llueve sobre el mundo
y caen
rayos de fuego y de dolor,
poder hacer que entre mis manos se alce
el sol;
gracias por,
cuando se me cierran los caminos,
poder sembrar de claras lejanías,
sucesivas,
infinitas,
la posibilidad de mi aventura;
gracias por,
cuando todo se me enfrenta,
cuando rechinan los dientes de la vida,
poder jugar a mago
y abrir de par en par ventanas,
inocentes ventanas aprendizas
de toda fe,
ventanas para que entre
un aire nuevo por el que yo pueda
echar a volar mi esperanza...
Gracias por darme
la posibilidad de la Pintura.

Otro día me preguntaron qué es el Arte. Lo hicieron —eran buenos críticos y buenos periodistas, y yo sé de eso— a la manera de los toreros, que dan unos primeros capotazos aparentemente sin importancia, pero que pueden desvelar por donde se vence o se alza el toro... ¿Qué es el Arte?... Esperaban, quizá —por lo de mi siamesa condición de poeta y pintor y por lo desgraciadamente unido que suele ir un pobre concepto de la poesía a lo suave, cuando no a lo cursi—, que contestara algo así como un hálito

divino, un relumbre, qué sé yo... Les dije que el Arte era, para mí, un embarazo. Un embarazo. Y, si es de ley, cumplido el tiempo o lo echas afuera o te mueres.

Un embarazo. Y un parto. Seres vivos son mis cuadros, seres vivos hijos míos, con el apellido en el alma... Que a veces se me dice que por qué no los firmo, y sí que los firmo por el aquel del protocolo, pero casi imperceptiblemente, para que la firma no sea algo así como el hierro de una ganadería... Donde en realidad van firmados es en éso, en el alma, en la raíz de la estirpe, en el aire de familia... Seres vivos que van naciéndome, que me reclaman su derecho a vivir... Por eso, no sé estar sin pintar. Sería como no escuchar los gritos de mil posibilidades de vida... Siento a mis cuadros como las madres a sus hijos, en el corazón del vientre, pidiéndome la vida plena, esa vida a la que tienen derecho, el paso de la idea a la realidad... Son hijos míos, como mis dos hijos. Y, tal cual ellos, hijos a la vez de mi mujer; que nada de lo que pueda valer la pena entre lo que he hecho habría sido posible sin su silenciosa compañía, sin la aceptación de una vida que, como toda vida de artista, se sale de los cauces comunes, de los trazos ordenados, de las pautas de los relojes y de los cartabones, para marcar un duro camino que, entre grandes gozos y grandes desasosiegos, lleva a saber dónde... Pero eso al artista no le importa. El va por esa vida, que es la suya, porque no tiene otra, porque no quiere tener otra, porque —si es un artista de verdad, y no hablo de calidades sino de identidades— no podría vivir otra vida... Así que ningún mérito tiene, ya que, allá en el fondo riguroso, no le queda otra opción, no puede elegir... Quien tiene mérito, todo el mérito del mundo es quien lo acompaña, con su fe, con su aceptación, con su amor. Hijos míos y de mi mujer son mis cuadros, mis poemas, nuestra poesía, nuestra pintura... Quienes son sólo míos, hijos míos, sólo míos, queridos —también queridos hijos bastardos— son los ripios, los telefonazos, los tres pies... También queridos, repito, y dignos, a la vez, de respeto y agradecimiento. Porque me han dado de comer a mí, a mi mujer y a sus hermanos los legítimos y me han abierto inmensos campos de amistad. Buenos chicos, majos chicos... Al fin y al cabo no seré el primer padre al que un hijo bastardo le gane un lepanto... Pero esa es otra, muy otra cuestión.

O no tan muy otra, ya que, si estoy en la Academia, es, creo, a pesar de ellos. Pero ellos no tienen la culpa, pobrecitos míos. Ellos han sido la oficina de mi padre, la cátedra de Don Eugenio, la consulta de Don Pablo, la farmacia de Don Jesús. No obstante, insisto, creo que estoy en la Academia pese a ellos, porque vivimos en el mundo de las catalogaciones y cuando a uno se le cuelga una etiqueta de poeta festivo —por un señalar— es muy difícil que se le tome en serio en la poesía y en todo —como la pintura—

cuanto sea su propia y auténtica creación. No obstante, gracias a Dios —mi señor Don Carlos: ya sabe Quien—, el pintor y el poeta se han impuesto, según parece, y aquí estoy. Y también ellos están aquí, mis bastardos avergonzados, no sé de qué, escondidos, no sé dónde... Desconfiados, quizá, al verme así vestido... Haciendo para no ser vistos, como que leen su propio mundo en El Norte de Castilla. Pues dad la cara, también aquí como en todo terreno, hijos míos, queridos bastardos de mi alma, servidores de los demás... Que no habéis de ser mal recibidos.

Tengo setenta y dos años, he vivido diecisiete más que mi padre, lo que me parece injusto, y mucho camino he dejado atrás... Pero mucho camino está también delante de mí o siento que está delante de mí, como un reto... Y he de andarlo. Mucho, muchísimo camino. Constelaciones de cuadros, de versos, como lucecitas pequeñas pero purísimamente verdaderas, pidiéndome que los sitúe en los mapas de cada día... En estos momentos me siento cuajado, seguro, sabedor tanto de cuáles son mis posibilidades, cuanto de lo que me ha costado ejercerlas y de lo que me queda por aprender. Que, todo eso junto —la constancia de lo hecho, la fuerza de lo que hay que hacer y la necesidad de estar a la altura de la tarea—, es lo que me hace ir al ritmo al que voy, a ese ritmo que a algunos les sorprende. Y no es para ello. Porque tengo setenta y dos años, pero soy un chaval que ha de cumplir aun vida y media: la suya y la parte mutilada, asesinada que dejó de vivir su padre. Para hacer mi obra y que la suya no quede estéril. Soy, en suma, un relevista que tomó el testigo antes de tiempo, cuando la peor de sus desgracias le puso la zancadilla a quien, como antecedente y como ejemplo, corría delante de él...

Por eso hoy, cuando llego a la Academia, cuando aquel niño, este niño vuelve, traigo las manos tendidas a dos vacíos, aunque llenas de otras manos... Con alguna que otra espiga cosechada pero con muchísimo grano que sembrar todavía, y siento una casi abrumadora responsabilidad sumada... Porque he de quedar decorosamente donde mi padre tan bien quedó. No por mí, sino por él. Y también por mí, como hijo suyo. He de hacer, en suma, las cosas de modo que no desentonen en su partitura, ya que soy el único de su orquesta... Dios me ayude... Ya sabe usted Don Carlos; el sumo dispensador del mercedes, el sumo director—... Y Dios me ayudará...

En el cobijo y en el compromiso de estas paredes, queridos fantasmas gozosamente vivos, más vivos y vigentes que muchos que aun están sin tchar en el censo... Y, pueden creerlo ustedes o no, pero voy a dar la mano a cuantos ya no están pero, que en algún momento —siquiera fuese sólo emocionalmente—, me la dieron a mí... Don Vicente Goicoechea, devo-

ción de mi padre; Don Jacinto Ruiz Manzanares, su maestro; Don Enrique Gavilán, padre de amigos; Don Ricardo Allué, evocación familiar para alguien del Norte de Castilla; Don Narciso Alonso Cortés, maestro de todos, orgullo de Valladolid, que continúa sin el recuerdo que tanto se merece; Don Francisco de Cossío, que llenó toda una época vallisoletana, con su categoría literaria, periodística y humana y con eso tan poco dado que es el estilo; Don Francisco, de quien se enorgullece su sobrino Antonio Corral, tanto como él se enorgullecería hoy de Antonio; Don Pedro Collado, mi profesor de dibujo en el Zorrilla; Don Tomás Mateo, que dirigía la banda en el templete del Campo Grande, aquel que nunca debió desaparecer; Don Constantino Candeira, arquitecto, artista que, al alimón con Cossío, alumbró el Museo; mi maestro de modelado, querido Antonio Vaquero; Don Carlos Rodríguez Díaz, otro limpio nombre del Norte; Don Esteban García Chico, puntualizador de tantas y tantas páginas de nuestro arte, riosecano como Don Justo González Garrido y como yo, allá en mi entraña; el gran pintor Don Asterio Vivero, tan noblemente continuado; mi tío Sinfiriano del Toro, otro riosecano; mi maestro fundamental de Pintura, Don Eugenio Ramos; Don Alejandro Díez Blanco; Navidad; mi fraternal Mariano de las Heras; Don Filemón Arribas; el gran Leopoldo Cortejoso; Francisco de Mendizábal; Eduardo García Benito, que se vino de su gloria de París a la indiferencia de su Valladolid; Carlos Barrasa, que murió casi con la batuta en la mano; mi prima Tere Yñigo, que se nos fue impropriadamente cuando tanta falta nos hacía a tantos; Doña Amalia Prieto, que dejó viuda a la Academia; Don Luis Calabria, gran cronista, gran periodista... Perdón si alguien, entre los que ya no están, se me ha quedado en la recámara de la memoria, que no en la del alma... Los demás, para bien de todos, están aquí, venturosamente a las órdenes del capitán Nicomedes...

Yo quisiera, Señor, en cada nuevo día
saludar con un verso a la luz de la aurora...

Así escribía, rezaba, con un soneto de 1928 en un libro de 1935, Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña. En Ruta en imagen, tan bellamente editado por la Imprenta Castellana. Por cierto que incluía un retrato firmado por García Lesmes, en el que el poeta —y ya han pasado algunos años— está casi tal cual. Creo que aquel niño, recién llegado de la mano de su padre y de la de García Lesmes, empezó entonces —más o menos, entonces— a pedirle a Dios —ya sabe, mi señor, Don Carlos...— el verso suyo de cada día, el color suyo de cada día, como ventanas abiertas por las que huir hacia el propio encuentro... Aquel niño, este niño que entra hoy aquí, con una ropa sorprendente pero desnudo de espíritu... Este niño al que, en efecto,

le han sido dados el color, el verso de cada día, aunque él y el sumo dispensador de mercedes —que, para mí, no son sino versos y colores—, saben a costa de cuanto... Pero atrás queda el desrriñonamiento de la arada, el recuento del mísero grano, las dudas de la nube negra, y hoy estoy aquí, mi señor Don Carlos, presidente Nicomedes, compañeros —¿puedo llamaros ya compañeros?— a recoger la cosecha. Conmigo —porque ni sé ni quiero andar solo— mi mujer, o sea el amor, mis hijos, los amores de mis hijos y sus gozosas consecuencias... Y tantos amigos, esa cosecha que Dios —ya sabe, mi Señor— le da a uno sin que haya que sembrar. O sembrando, pero con la suerte —o el talento— de que caiga el grano donde es debido... Ignoro, como creo que decía antes, si se cierra el círculo. Se cumple —eso, sí— una etapa. Y hay mucho que andar, mucho que soñar, mucho, también, que sufrir y mucho que amar. Mucho, que ya he dicho que he de correr mi carrera y la que mi padre dejó a medias cuando le echaron el telón y abría los ojos y pedía más vida con una melodía entre los labios...

Por eso, creo, quiero creer con toda mi alma —por favor, que nadie me diga que la realidad es una cosa y otra cosa es el ensueño—, quiero creer que hoy, en definitiva, no es que un Félix Antonio González llegue a la Academia, sino que, por bondad de quien ya sabe usted mi señor Don Carlos, seguirá estando en la Academia Félix Antonio González.

DISCURSO DE CONTESTACION
POR EL ILMO. SR. D. ANTONIO CORRAL CASTANEDO
ACADEMICO DE NUMERO

Señores académicos:

Félix Antonio González ingresa hoy en esta Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción. Ingresar un pintor que no carece de títulos, como él humildemente dice. Lo que le sobran son títulos. Su ingreso se fundamenta en importantes títulos verdaderos: aquellos que surgen de la preparación, de los méritos y de los éxitos. Su ingreso lo exigía la estela trazada por el caminar firme de su vivir y por la vida encendida de sus creaciones. Llega, así lo confiesa, haciéndose preguntas sin respuesta y, a la vez, deslumbrado, desconcertado en la averiguación de todo, a cambio de dar con casi nada. Pero las preguntas, la curiosidad constante, aunque a veces no encuentren inmediata respuesta, y también las dudas, son quienes mejor funden y modelan la humanidad y la categorían de un ser.

Pintor y poeta, poeta y pintor, de segura y luminosa trayectoria. Escritor y periodista. Hombre de la comunicación. Porque siempre ha tenido mucho que decir, mucho que comunicar, y han sido y continúan siendo innumerables aquellos que necesitan, que necesitamos, leer y escuchar el mensaje de su voz, la voz mensajera de sus pinceles y de su pluma.

Nacido en Valladolid, en Valladolid sigue viviendo. Y aquí escribe y aquí pinta. De nuestra ciudad arranca para recorrer múltiples horizontes, para pisar —abriéndolo con aires nuevos cada mañana— su camino incansable, tan recto y tan personal. Hombre poco amigo de atajos y de vericuetos engañosos, no se arredra, sin embargo, ante ningún escollo, ante ninguna orografía adversa y difícil. Félix Antonio se define como un «permanente desenveredado». Pero quienes le conocemos sabemos que surca y defiende siempre la libertad de la vereda por él elegida, sin aceptar, ni tolerar que se la marquen. Rechaza, en todo momento, que intenten enveredarle las circunstancias y los demás.

Nuestra Academia es de Bellas Artes. Y Félix Antonio va a ocupar, como gran pintor que es, un sillón en la Sección de Pintura. Pero con Félix Antonio, el pintor, ingresan —para honor y bien de la Academia, para nuestro orgullo— el poeta, el narrador, el periodista, el creador de ese algo tan inimitable y profundo de los «Ripios», de sus «Telefonazos», de las variadas secciones que en la prensa ha ido firmando con su nombre o con seudónimos, a lo largo de su vida. Escritos todos ellos tocados de una especial suti-

leza, de un sosegado lirismo, desde los que ha venido comentando y apostillando la actualidad. Logrando contagiarnos sus cuitas y los escalofríos de cuanto en torno a él transcurría o se atascaba. Y en lo que siempre se ha sumergido valientemente, para defender lo verdadero y lo justo; para denunciar y desarbolar cuanto pretendía perturbar, más o menos turbia o cínicamente, la justicia y la verdad. Porque nada humano ha pasado para él desapercibido. Siempre ha permanecido izada en sus escritos una obsesión: la de salvaguardar el vivir del hombre en paz, la libertad en paz del hombre.

Aún cuando hayamos hecho trampa y sean muchos Félix Antonios los que, con el Félix Antonio pintor, hemos incorporado a nuestra Academia, yo voy a referirme especialmente a esta su faceta, para él y para todos tan importante y definitiva, de artista plástico. Actividad por la que siempre se sintió muy especialmente atraído y a la que, desde 1977 en que celebrara su primera exposición individual, se ha entregado por completo.

Sobre el particular escribió Santiago José Sáiz, en «Ya», a raíz de sus primeras muestras: «Félix Antonio da la medida honda y seria de su talla de pintor. Años de vocación —desde niño— se le han disparado en los pinceles como se dispara un amor maduro, macizo y cuajado. Parece mentira que un pintor así, de la categoría de Félix Antonio, haya sido capaz de estar escondido tanto tiempo detrás de sus versos y de su pluma de periodista».

Desde entonces, más de sesenta exposiciones individuales han mostrado su obra en todos los lugares. Su personal y original interpretación de Castilla permanece en muchos centenares de lienzos, encontrándose presente en las más destacadas colecciones particulares de España y de fuera de España, al igual que en museos y centros oficiales; como, por ejemplo, en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

En su visión de Castilla, aparecen y nos intrigan el cielo y la tierra, a la vez abrazados y enfrentados. Ambos vistos, ambos soñados. El cielo y la tierra o los temblores allí dejados, los afanes dejados allí, por la tierra y el cielo antes de alejarse. Félix Antonio nos adentra en el complejo desplante de una Castilla viva que muere o de una agonizante Castilla a punto de resucitar. En sus lienzos, lo mismo que los verdes nos hablan de fatalismos de barbechos y de surcos yermos, los ocres adquieren una vibración primaveral, como si pensarán en la melancolía de la lluvia. En sus paisajes desnudos se hace gozosa y dramáticamente presente la ausencia de los pueblos y de los hombres. Porque la soledad de los campos está construida o llagada por el eco de muchas soledades; sus ilusionados reflejos aparecen forjados por el temblor amenazado y acosado de innumerables ilusiones;

en los cielos tristes anida una resonancia de humanas tristezas. Son cuadros, con riqueza y con sorpresas de poemas, ante los que nos sentimos inmovilizados y atraídos para siempre. Porque siempre, en cada nueva contemplación, escuchamos un nuevo verso, una recién nacida metáfora plástica.

Colores, sonidos, claridades y silencios, rumores y cansancios, andrajos de ilusiones, resignaciones fatalistas, el monótono transcurrir a ritmo de cangilones o de ruedas de carro —abstractos soles de madera— de los hombres que mueren, sin querer morir, abrazando esperanzados su desesperanza; de los hombres que esperan, pese a todo; de los hombres de tierra que regresan a la tierra para espiritualizarla y para sembrar en ella sus dolores y sus tragedias, que siempre terminan por brotar y esas sus endebles alegrías que, posiblemente, nunca terminarán de florecer hacia el regocijo duradero. Paisajes a la vez de la naturaleza y del alma —la suya y la nuestra— poseen ese hondo esquematismo, esa exacta y difícil elementalidad apasionada de los recuerdos. Esta es su Castilla: la que podemos contemplar y la que, a la vez, llevamos dentro. Una Castilla a la que ha sabido despertar y ensoñar al mismo tiempo. Examina Félix Antonio los paisajes. Los abarca y los estrecha con la mirada y con los brazos. Se disuelve en ellos para convertirse en glebas, en sospechas de nubes, en huellas de caminos, en trochas levantando el vuelo. Y tras ese proceso— tras de sentirse comprendido y aceptado por ellos, formando parte de ellos— los lleva al lienzo para dejarlos allí como un pensamiento bien rumiado, como una idea clara...

Félix Antonio piensa sin duda, como Balzac, que la misión del arte —misión de sentimiento y de amor, que dijera George Sand— no es copiar la naturaleza, sino expresarla. Hay en Félix Antonio una mezcla de reflexión y de sentimiento que integra, según Anatole France, el patrimonio de los grandes artistas. Y parece haber coincidido con el contenido de aquel consejo que diera Diderot a los pintores: «iluminad vuestros objetos según vuestro sol, que no es el de la naturaleza; sed los discípulos del arco iris, pero no sus esclavos».

El día 12 de mayo de 1934, ingresó en esta Academia el compositor Félix Antonio González. Y, en el mismo acto, lo hizo también el pintor Aurelio García Lesmes. Su hijo Félix Antonio González acaba de recordarlo, evocando certera y devotamente el ambiente cultural vallisoletano de aquellos años, refiriéndose a sus más destacados animadores y representantes y rindiendo un noble homenaje a quienes fueran sus maestros. Ingresaron, pues, en aquella fecha la música, la pintura y a su lado también la poesía; porque es compañera inseparable de ellas cuando son verdaderas, sentidas y puras. Ahora en este 21 de enero de 1994, con Félix Antonio González,

el hijo de aquel maestro, ingresan la pintura y la poesía, inseparables y bien hermanadas, en esta Corporación. Pero, con ellas, también la música ha llegado hasta nosotros.

Alguna vez me he referido a ese invisible, pero muy presente pentagrama que, como una etérea imprimación, yo descubro en los lienzos de Félix Antonio; y a lo que sus paisajes tienen de balada, de cuarteto, de sinfonía, de sonata, de romanza... Y es que en el color, como asegurara Baudelaire, se encuentran o pueden encontrarse la melodía, la armonía, el contrapunto. Siempre me ha atraído muy especialmente la magia de las «correspondencias», a las que se refiere este poeta en «Las flores del mal»; concretamente cuando nos descubre que en el templo de la naturaleza «como ecos prolongados, desde lejos fundidos en una tenebrosa y profunda unidad, vasta como la noche y cual la claridad, se responden perfumes, colores y sonidos». Insiste sobre esto cuando afirma, en «Los paraísos artificiales», que «los sonidos tienen un color, los colores tienen una música, las notas musicales son números». Sinestias creo que se llaman en psicología esos fenómenos de asociación sensorial. Otros autores indagan en estos sugerentes misterios.

Para Rimbaud, en su soneto de las vocales, cada una de estas letras representa o aporta un determinado color. Así dice: «A negro, E blanco, I rojo, U verde, O azul...». Y, si las vocales tienen un color, puede ser cierto que en mayor o menor intensidad, colorean las palabras que las contienen y, con ellas, las voces que escuchamos, esperamos o recordamos.

Todos sabemos que, para Proust, el sabor de la famosa magdalena mojada en una taza de té, fue capaz de abrirle las puertas, para que pudiera penetrar por ellas a la busca del tiempo perdido; ese tiempo embalsamado entre aromas y tonalidades más o menos desvaídas y entre voces más o menos punzantes o calladas. Baudelaire recuerda que Hoffman, no sólo durante el sueño o al irse deslizando en él, sino también despierto, encontraba, cuando oía música, una analogía o una reunión íntima entre los colores, los sonidos y los perfumes. Concretamente el olor de las caléndulas, sobre todo las rojas y las castañas, producían en él un efecto mágico: le hacían caer en una profunda ensoñación. Y oía, entonces, como viniendo de la lejanía, los sonos graves y profundos del oboe.

Para Odilon Redon el papel del color blanco en un cuadro siniestro es el que desempeña en plena orquesta un redoble de tambor. Viollet-le-Duc cuenta que, en cierta ocasión, le preguntó a un ciego de nacimiento si se hacía una idea del color rojo. «Sí —le respondió éste— el rojo es el sonido de la trompeta». Y recuerda cuando de niño fue llevado a la catedral de Notre-Dame de París que él, pasados los años, restauraría. En aquella ocasión sus miradas se fijaron en las vidrieras de la roseta meridional, a través de las cuales pasaban los rayos del sol. De improviso, sonó potentemente el órga-

no. Y para él era la roseta aquella que tenía ante los ojos la que, con los colores de sus vidrieras, cantaba. Para Delacroix hay pinturas que despiertan un tipo de emoción muy particular. Impresión provocada por determinada disposición de los colores, de las luces, de las sombras. Es lo que él denomina «la música del cuadro». Van Gogh confesó alguna vez que con sus obras querría transmitir algo tan consolador como una música. Algo que Félix Antonio, no se si consciente o inconscientemente, desde su sensibilidad ha conseguido. Y es como un homenaje a su padre. Y es la música de su padre la que recorre el silencio de sus paisajes. De su padre, al que yo veo, como él lo verá sin duda, con qué orgullo le agarra nuevamente de la mano... Escuchad. Desde este paisaje ofrecido a la Academia, tan cerca del retrato de Narciso Alonso Cortés que García Lesmes ofreciera al ingresar en ella, hasta nosotros llega un solo de violín, la melodía teclada en un piano. Nos envuelve desde el pentagrama de su paisaje en el que los colores son las notas, son los sonidos, son la música que sentimos con los ojos y tarareamos y saboreamos con el alma.

No he hablado de sus libros de poesía, tan importantes como «Calle de Esgueva» y «De par en par»; ni de sus antologías de «Ripios», la última de ellas publicada con motivo del homenaje total y multitudinario que la ciudad toda acaba de rendirle con tanto acierto y con tanta justicia. He dejado a un lado sus obras narrativas como «La vida pasa el alambre» o «La canaria Jenara». Tampoco me he detenido ante la importancia de sus singladuras periodísticas como Redactor Jefe de Diario Regional o desde la Dirección de El Norte de Castilla. Ni he aludido a los importantes premios literarios conseguidos, entre ellos el «Ciudad de Barcelona». Me he centrado en sus pinturas, en esa parcela por él tan querida, y tan amplia y profunda, a la que plumas prestigiosas han dedicado sus juicios y comentarios entusiastas, hondos e innumerables, de los que quiero seleccionar algunos párrafos certeros.

«Félix Antonio nos demuestra qué faltaba en el paisaje y cómo se redime la figuración», ha escrito Roberto Iglesias.

De Francisco Pablos es esta atinada apreciación: «Félix Antonio pone de manifiesto que el paisaje es un estado de alma y no algo directamente representable. Una pincelada menos y estos paisajes serían símbolos, puras referencias. Una pincelada más y llegaríamos a la tradición. Félix Antonio es el puro equilibrio».

«La tierra, la solidez de la tierra está 'relatada' en términos de levedad, sintetizada en transparencias; parece como si la luz manase a través de su

piel tectónica, como si fuese una luz propia, no recibida», ha meditado Antonio Gamoneda.

«Ha cogido la pintura por donde quema. Pinta como nadie —o casi nadie— pinta. Sus exposiciones —en el sentido más estético de la frase— son variaciones sobre el mismo tema, profundizaciones en el mismo tema, iluminaciones del mismo tema». Así analizaba sus cuadros José Luis Martín Descalzo.

«La obra pictórica de Félix Antonio, realidad mágica amasada con el pensamiento, es un sentimiento que se hace palabra a través del color», apunta Elena Santiago.

Veréis lo que aventura Luis López Anglada: «Nunca acertamos con el misterio de Castilla y queríamos descifrarlo a través de frases más o menos brillantes. Nos decía Ortega. «En Castilla no hay curvas». Y Guillén nos hablaba de cerros. Y así íbamos de palabra en palabra hasta que volvimos a encontrar, después de muchos años, a Félix Antonio, que nos aclaró el misterio: no se trata de curvas, ni de cerros, ni de caminos, ni de historia. Son unas pocas líneas esenciales. La mano de Félix Antonio ha trazado esas líneas».

Y de Francisco Javier Martín Abril, el maestro, es este párrafo tan lúcido y tan bello: «Todos sus cuadros son limpios, altos, hondos, depurados, como hechos de una vez, de un golpe de vista. Habría que recordar la gradación que de las artes hace Eugenio D'Ors, partiendo de un texto de Hildebrand. Los paisajes de Félix ¿pertenecen al mundo de las formas que vuelan o al de las formas que se apoyan? Creo que pertenecen a los dos. Por ello, el equilibrio, la seguridad, los matices, la alegría, la transparencia».

Concluyo ya. Y tendría que hacerlo, porque me sale de muy dentro, felicitando a la Academia por la incorporación a sus tareas de Félix Antonio González, dándole la bienvenida al seno de esta Corporación en nombre de nuestro Presidente, de mis compañeros —que ya lo son suyos— y en el mío propio, orgulloso de haber sido el portavoz de todos. Pero prefiero terminar con las mismas palabras que pronunciara Francisco Antón al finalizar su discurso de contestación en el ingreso de Félix Antonio González, el compositor, el padre de Félix Antonio, en aquel lejano y presente día del mes de mayo de 1934. Estas fueron sus palabras que hago mías en un plagio emocionado:

«Me parece, en fin, señores, que hoy tenemos todos un justo motivo de albricias: en la noble y añeja Academia de la Purísima Concepción ha entrado un gran artista. Nada menos que eso».

Muchas gracias.